

Conrado, temía la guerra con el potente soberano polaco, porque los recursos de éste, eran casi inagotables.

Sin embargo, la mayor parte de los templarios insistía en querer la lucha á todo trance, en tanto que era posible aún engañar al papa, y hacerle creer que la Orden era muy poderosa.

Decían que Jaghellon y Lithuania se habían cristianizado únicamente en apariencia, pues era imposible que se hubiera hecho en un año lo que la espada de la Orden no pudo conseguir en muchos siglos; contra Polonia y su rey y sus nobles, se murmuraba que eran defensores del paganismo, y aquellas calumnias se difundían por doquier y hacían que fuesen á Malborg, príncipes y condes y caballeros de las lejanas tierras del medio día y del occidente.

Marienburg, dominaba desde su altura todo el país, y se mostraba orgullosa, rica y potente; pero los cruzados, no comprendían que de la ingente roca huyó el espíritu y solo quedaban las murallas, centinela avanzado de la infamia y de la codicia; pero aquella roca, era aun muy fuerte, y así lo comprendían Tacev y Zbishko y Zindarm de Mashkovitz los cuales recordaban las palabras que los cruzados dijeron una vez al rey Casimiro: «nuestra fuerza es mayor que la tuya, y si no cedés, te perseguiremos espada en mano, hasta Cracovia.»

El conde mostró á sus huéspedes la estancia destinada á ellos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

VII AÑO 1925 MONTERREY, MEXICO

Matzko y Zbishko, se abrazaron con aquel afecto que nace del compañerismo y los dolores pasados en común durante muchos años.

El anciano caballero, advirtió desde el primer momento la tristeza que se había enseñoreado del alma de Zbishko, y le abrazó más fuerte, para hacerle comprender que no era insensible á su dolor. Después de algunos momentos de silencio, el anciano dijo en voz baja:

—¿La perdiste?

—Murió entre mis brazos junto á Spichov,—contestó Zbishko.

—Y Jurand, ¿vive?

—Lo he dejado vivo, pero...

—Mejor hicieras quedándote allí.

—¿Y dejáros á vos aquí?

—Semana más ó menos...

—Tenéis pálido el rostro.

—Es á causa de la humedad de los subterráneos. La herida se me ha vuelto á abrir; ¿te acuerdas de aquella grasa de castor?



—Sí,— contestó Zbishko sonrojándose, y luego, preguntó:

—¿Os pusieron en un subterráneo?

—Los templarios están coléricos contra Vitoldo y contra Semud, pero más aún contra los que tratan de auxiliar á los defensores de esta ciudad. Si no me han cortado la cabeza, lo debo sin duda á su codicia, que anhelaba un rico rescate, y á que era yo una prueba viviente de la mala fé del rey polaco que envía auxilio á los paganos. Nosotros que estuvimos en Semud, sabemos que sus habitantes desean el bautismo y los templarios fingen ignorarlo para seguir sus depredaciones. Intercedió por mí De-Baden pero le hicieron poco caso, y á no ser por De-Lorhs que es muy temido y respetado, de fijo que me juegan una mala partida. Este, les dijo que era prisionero tuyo y le hicieron observar que si ellos me mataban á mí, tú le matarías á él. Les amenazó además con contar todo cuanto hacían, y los malos tratos que daban, y los templarios atemorizados, me pusieron en un local menos infame. He oído decir que el rey había obtenido un cange de prisioneros, así es que tú, no habrás de pagar nada por mi rescate.

—¿Y nuestra palabra de caballero? Arnaldo podría llamarnos follones.

Matzko, al oír aquellas palabras, se entristeció é inclinando la cabeza dijo:

—Por lo menos, podemos disminuir el rescate.

Después, tras una breve pausa, añadió:

—Veo que sabes defender tu honor.

—No es dinero lo que nos falta, sino felicidad.

—Dios nos ayudará; yo he de vivir muy poco tiempo.

—No os apenéis; la libertad y el aire puro de Bogdanetz, os devolverán la salud.

—¡Ay! ni la libertad ni el viento, pueden nada en mi favor. El aire, dobla los arbolillos, pero destroza los viejos troncos.

—Desechad la tristeza.

—Tengo razón de estar triste.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas, cuánto me irrité aquel día que alababas la potencia de la Orden? Pues bien, ahora que he vivido entre esos miserables, comprendo que tenías razón. ¡Cuanta fuerza! ¡Cuanto poder! Nuestros caballeros desean pelear contra los alemanes, pero no saben los recursos con que cuenta la Orden. Dios tenga compasión de nuestros príncipes y de nuestro pueblo.

Matzko inclinó la cabeza y Zbishko contestóle:

—Luchando uno contra uno nuestros caballeros pueden vencer, pero en una guerra...

—Espero que lo comprenderá nuestro rey; es muy experto en el arte militar.

—Entonces no se declarará la guerra.

—Pero habéis de tener en cuenta que si los cruzados ven que son los más fuertes la guerra estallará; lo mejor sería llegar á un pronto arreglo.

—Lo siento por la nación, pero algunas veces pienso que es un castigo de Dios. Vuestros caballeros, fueron demasiado atrevidos; osaron desafiar hasta el gran Tamerlan. ¿Te acuerdas del día de tu suplicio?

Zbishko, palideció al triste recuerdo.

—¿Quién me salvó del verdugo, sino ella? ¡Oh! Jesús. ¡Oh! ¡Danusia mía!

—¿Qué tienes muchacho? Cálmate.

El joven se mesaba los cabellos. Matzko se desmayó. Zbishko le acostó. Al día siguiente Matzko al despertarse, dijo:

—Comprendo que la hora de la muerte no ha llegado aún para mí, y casi estoy dispuesto á montar á caballo.

—Los embajadores permanecerán aquí aún unos días pero nosotros no partiremos hasta que estéis en disposición de ello.

En aquel instante entró Glava.



—¿Qué hacen los embajadores?—le preguntó Matzko.

—Visitan la ciudad y almorzaron en el gran salón.

—¿Qué has hecho esta mañana?

—He observado los ejercicios militares.

Matzko dirigiéndose á su sobrino, dijo:

—Hoy, si me encuentro bien, partiremos.

—¿Hoy?

—Sí, iremos á Spichov.

—¿Y permaneceremos allí?

Matzko, miró á su sobrino, como interrogándole, por que nada habían decidido para el porvenir.

El joven añadió:

—Cuando estéis mejor iremos á Bogdanetz.

—Oye, muchacho, Spichov, es una tierra maldita; no vayamos más allí.

—Tenéis razón, pero allí está la tumba de mi Danusia.

El anciano dijo:

—En Plotsk, decidiremos lo que hemos de hacer.

—Cuando estéis curado.

—¿En la corte está Jaghenka?

—Sí.

—Es una de las damas de la princesa Alejandra. A propósito, no me has dicho lo que os sucedió cuando me dejaste con Skirvollo.

—La conduje á Spichov y gracias á ella, reconocimos á Jurand.

—Os quiere mucho, —observó Zbishko.

—Es la mejor muchacha del mundo, —exclamó el viejo.

Zindarm de Maskovitz y Povala de Tacev, entraron en la habitación.

—Bendito sea el nombre de Dios, —dijo Zindarm, —¿cómo estáis?

—Bien, Zbishko, dice que el aire libre, me probará.

—Ciertamente.

—He dormido bien. ¿Y vosotros os levantasteis temprano?

—Sí, primero nos dieron noticia de cuanto nos interesaba, y después, visitamos la ciudad y los fuertes.

—¡Buen castillo!—dijo Matzko, en el templo, están los ornamentos árabes que los templarios dicen haber cogido á los sarracenos en Sicilia. Las salas son espléndidas, y las murallas soberbias.

—¿Habéis visto á los templarios?

—Sí, vimos soldados y caballeros; todo nos fué enseñado, no por deber de cortesía sino por intimidarnos.

—Y...

—Si la guerra estalla les echaremos de aquí.

Matzko se puso en pie.

—Me han dicho que sois experto en el arte de la guerra; yo estoy asustado al ver la solidez de esta fortaleza; vos en cambio, no parecéis preocuparos por ello, explicaos.

Dijo, y volviéndose hacia Zbishko añadió:

—Haz que nos sirvan el vino que nos dió ayer el komptur.

Los caballeros rodearon al caballero Zindarm, que dijo así:

—No hay fortaleza que no pueda caer; lo que la mano de un hombre ha levantado, puede derribarlo la mano de otro hombre, con argamasa se unen las piedras, con amor se juntan los pueblos. Los nobles de las fronteras nos han asaltado y nosotros les rechazamos, bien claro y patente, es el pacto que firmaron el rey y el gran Maestre. Un ciudadano de Malborg me dijo: «De buena gana serviría á vuestro rey aunque debiera costarme libertad y vida.» Un sacerdote me dijo también: «Cuando el pueblo dice en la oración, *vénganos el tu reino*, piensa en vuestro rey.»

El caballero de Maskhovitz se levantó, y después de asegurarse que nadie escuchaba tras la puerta añadió:



—Los templarios son odiados en Rusia, no solo por los que hablan nuestra lengua, sino por los alemanes.

—¿Qué tiene eso que ver con la fuerza de la Orden?— preguntó Matzko.

Zindarm sonrió.

—¿No os habéis batido nunca sobre la arena?

—Muchas veces.

—¿Y no cayó el caballero á quien se le rompió la cincha de la silla?

—Sí.

—La Orden es un caballero en tales condiciones.

—¡Pardiez!— exclamó Zbishko.

—Esperemos,—dijo Matzko.

### VIII

Los propietarios de Bogdanetz, pensaban partir pronto del castillo, pero no pudieron hacerlo aquel mismo día, porque tuvieron que asistir á un gran banquete dado en honor de los embajadores.

La sala del convite era amplia y muy clara; además de los embajadores, asistía al almuerzo el conde de Borgoña; junto al gran Maestre estaban tres grandes dignatarios del castillo.

Aun cuando la Orden proscribiese en sus reglamentos toda pompa, los templarios tenían platos argentinos y de oro y bebían vinos exquisitos en cinceladas copas.

Durante el almuerzo la conversación languideció; pero por la noche al cenar en el «Comvetz Remter» la alegría y la animación fueron grandes.

La buena armonía no fué turbada por discusiones ni altercados; los templarios procuraban no molestar á los polacos por estar revestidos del carácter diplomático.

Los polacos que conocían las refinadas costumbres de Occidente, pensaron que eran excesivos los festejos, y harto vulgares, y hallaron impropios los bailes de las mujeres y de los osos.



Algunos se asombraron de que en el castillo hubiese mujeres, y se les dijo que ya en tiempo del maestre Vrik De-Kniprodoc habitaba en él la bellísima Ana de Alfleben.

Los templarios se justificaban diciendo que las mujeres, no habitaban en el castillo, sino que iban á las fiestas para cantar, como fué una vez la mujer de Vitoldo para jugar.

Zindarm, preguntó al maestre si sus súbditos respetaban la Orden, y Conrado contestó.

—Quién ama la cruz, ama á la Orden. Contra nuestros enemigos, tenemos dos medios de defensa.

—¿Cuáles?

—Si bajáramos por una escalerilla del comedor á una gran estancia subterránea, y os mostrase lo que hay en ella, sabríais uno de los medios.

El caballero de Mashkovitz comprendió que el maestre aludía á la «torre llena de Oro.»

—Hace mucho tiempo que un emperador alemán mostró á un embajador nuestro una estancia diciendo: «Hé aquí el medio de vencer á tu amo.» El embajador tiró al montón de monedas su anillo riquísimo y dijo: «Vaya el oro con el oro, nosotros amamos más el hierro.» En Chundesfeld se probó tal aserto.

—¿Qué es Chundesfeld? - preguntaron algunos.

—Es un campo en el cual fueron sepultados muchos alemanes y también muchos perros, — contestó tranquila-Zindarm.

Los caballeros y los templarios quedaron atónitos al oír aquella respuesta.

Cindarm, añadió:

—El oro cede al hierro.

—También tenemos hierro,—observó el maestre,—ya habéis visto nuestros almacenes llenos de armas. En ninguna parte veríais más lanzas, corazas y escudos.

Povala de Tacev, tomó un cuchillo de encima de la

mesa y lo dobló diciendo: «Ved como se parten vuestras armas.»

El Maestre exclamó:

—Tenéis manos de acero.

El conde de Borgoña exclamó:

—¿Esta hoja es como blanda cera en vuestras manos?

—Somos fuertes, porque despreciamos el lujo; hasta en las fiestas acostumbramos á ensayarnos en trabajos hercúleos y una joven de mi país es capaz de hacer lo que yo he hecho.

Los templarios estaban de mal humor; Ghelfenstein dijo:

—Es una vergüenza para nosotros. Hermano De-Baden, mostrad que nuestros músculos no son más débiles que los de los polacos.

Los erizados trageron un cuchillo, y De-Baden, bien por el orgasmo de la prueba ó bien por debilidad momentánea no consiguió doblar la fuerte hoja.



IX

Matzko y Zbishko no hallaron en Plotzk á la familia del príncipe porque había ido á Cersk, invitada por la princesa Ana Danuta.

El obispo les dijo que Jaghenka había decidido permanecer junto á Jurand hasta que muriera el anciano; Matzko no perdió la ocasión de alabar, como se merecía, á la joven, que prefería permanecer al lado de un enfermo á divertirse en una corte.

—¡Cuánto deseo verla!—dijo Matzko,—me quiere mucho y estoy seguro de que aún es más bella ahora.

—Ya lo creo,—replicó Zbishko;—antes era una garrida aldeana; ahora es una elegante dama.

—No hay que extrañarlo; la familia de Fastscombetz es de ilustre prosapia.

Después de una breve pausa, añadió el anciano.

—Querrá volver á Zgogelitz.

—Me extraña pues por su propia voluntad salió de allí.

—¿Y la enemistad de Vilko y Chtan? Yo temía hasta por sus hermanos.

- Los huérfanos están protegidos por Dios.

—Ahora la venganza se dirigirá contra mí porque induje á la muchacha á partir; ya soy viejo y débil.

—Decídselo á quien no os conozca.

Matzko, se limitó á contestar:

—Ya hablaremos de ello en Spichov.

El día era hermoso, y el camino cómodo y seguro. Cuando los dos caballeros llegaron á Spichov, Jaghenka les salió al encuentro y saludó á Matzko como si fuera su padre.

Zbishko se dirigió á la tumba de Danusia.

Matzko exclamó:

—¡Dios la quiso para sí! ¡acatemos su voluntad! Pronto terminará nuestra vida errante.

—Dios nos protegerá;—murmuró Jaghenka.

—Ya es hora de que volvamos á casa.

—Estaremos aquí mientras viva Jurand,—agregó la joven.

—¿Cómo está?

—Sonríe de continuo como si viera el paraíso.

—¿Tú le cuidas?

—Sí, pero Kaleb dice que los ángeles le consuelan.

—Se dice que la mejor muerte para un guerrero es el campo de batalla,—dijo Matzko,—pero también la de Jurand me parece envidiable.

—Nunca pide nada, sonríe, sonríe siempre.

—Vamos á verle.

Zbishko quedó junto á la tumba de su adorada, la lápida estaba cubierta de delicadas flores, que indicaban que una mano piadosa cuidaba de aquel rinconcito.

El joven preguntó:

—¿Quién cuida de estas flores?

—La señora de Zgogelitz.

Zbishko no habló nada, pero cuando vió á Jaghenka, cayó de rodillas ante ella, exclamando:

—¡Dios te bendiga, y siembre en el camino de tu vida, las flores que tu mano puso sobre una tumba!



La joven hundió sus manos entre los largos cabellos del guerrero y con voz acariciadora, exclamó:

—¡Oh! ¡Zbishko si por lo menos pudiera consolarte!

X

Jurand murió y durante una semana entera, su cuerpo no dió señales de descomposición.

Era evidente el milagro y muchos aldeanos fueron á Spichov para dar un último adiós al viejo destructor de los templarios.

Zbishko iba á menudo al bosque, pero sin dedicarse á la caza.

Un día viendo á Matzko á Glava y á Jaghenka, les dijo:

—Triste cosa es la compañía de un hombre como yo, abatido por la pena; mejor es que volváis á Bogdanetz y á Zgogelitz.

—Sí, será mejor para nosotros y para tí,—observó Matzko.

—Volveré á Bogdanetz; pero no ahora.

—Pensaba lo contrario...

—Sabed que he de cumplir un voto.

—Muerta Danusia quedás desligado del voto.

—Mi muerte, lo anulará, pero no la suya. Juré por mi honor de caballero.

—No te digo que lo rompas.

—¿Qué decís pues?

—Qué eres joven y tienes tiempo para cumplirle. Ven con nosotros, reposarás y luego podrás luchar con más ventaja.

—Os confieso que en mi alma, solo hay dolor y tristeza.

—Entre gente extraña aún pensarás más.

—No, no puedo ir á Bogdanetz, necesito moverme, agitarme, no dar paz á la mano; me parece que cuando haya cumplido mi voto, estaré tranquilo.

—Haced lo que queráis,—agregó Jaghenka.

—¡Jesús santo!—dijo Matzko.

—Zbishko, jurá que volverás á nuestro lado, si Dios te libra de la muerte.

—¿Por qué no volver?

—¿Por qué?...—repuso la joven ruborizándose.

—¡Jaghenka!—exclamó Zbishko, abrazándose á sus rodillas.

XI

El anciano dueño de Bogdanetz, quería acompañar á su sobrino á las huestes de Vitoldo, pero Zbishko, no quiso y le dijo que marcharía con tres siervos. En vano Matzko y Jaghenka insistieron para que llevase como escudero á Glava; rehusó el joven diciendo que quería



olvidar su dolor, y que la presencia del teheque despertaba sus tristes recuerdos.

Antes de marchar se trató de Spichov; Matzko, proponía venderlo, llevando á Bogdanetz todas las riquezas del castillo pero Zbishko no era partidario de ello.

—¿Cómo vender los huesos de Jurand? ¿De tal manera le daría las gracias por su generosidad?

—Además del ataud de Danusia, bien podríamos trasladar el de Jurand.

—Es verdad; pero aquí está rodeado de sus antepasados y esto debe ser grato á sus males.

—No, no debemos vender Spichov,—dijo Jaghenka.

Matzko, que conocía la firme voluntad de su sobrino, dijo:

—Lo siento, pero cúmplase tu deseo.

Jaghenka, preguntó:

—¿No se podría arrendar Spichov? Kaleb gobernaría...

—Señora,—contestó el sacerdote,—soy viejo como Tomilima.

Este dijo á su vez:

—Sí, soy viejo y además no sé gobernar, lo único que pido es combatir á los alemanes y marchar con vos, señor Zbzhko.

—Aquí precisa un hombre,—dijo Jaghenka,—un hombre que sepa luchar, Glava por ejemplo.

El teheque contestó:

—De buena gana seguiría á mi amo, pero si conviene que permanezca aquí, permaneceré.

—¿Y bien?—preguntó Zbishko.

—En una palabra,—repuso Glava, solo me faltaría que....

—¿Qué quieres decir?

—¿No me habéis comprendido?

—No.

Jaghenka sonrió, agregando:

—Con Anulia estarás bien.

El teheque, murmuró:

—Hasta en el infierno estaría bien,

Zbishko miró al escudero, Matzko le miró también, y Jaghenka, añadió:

—La cuestión es saber si Anulia te quiere.

Presentóse la joven y cubriendo su rostro con las manos, escondió en la falda de Jaghenka su púdico rubor que era una tácita confesión de su amor.

—Benedicidnos señora,—exclamó el enamorado Glava.

## XII

Zbishko disponíase á partir. Subió sobre su brioso caballo y mientras se despedía de sus amigos, Jaghenka mirábale en silencio:

Matzko, Kaleb, y el escudero, formando grupo aparte, le despedían á su vez.

Zbishko mirábalos á todos conmovidos, y fijándose en Jaghenka, después, parecíale oír de sus labios un murmullo imperceptible que decía:

—Hasta la vuelta.

—Después,—dirigiéndose á ella,—dijo en alta voz.

—Jaghenka, ¡adiós! te quiero como si fueses mi hermana.



—Lo sé,—contestó la joven;—¡qué Dios te lo recompense!

—Cuida de mi tío.

—Lo haré; y tú acuérdate de mí.

—Volveré,—repuso Zbishko.

—¡Te espero!

Y aquella palabra que había oído otra vez en Plotz, ahora nuevamente le conmovía con su dulce recuerdo, como el eco de una esperanza nueva.

Jaghenka inclinó la cabeza ahogando un suspiro que se escapaba de su pecho.

Los soldados entonaron la canción de despedida.

—¡Partamos!—mandó Zbishko con voz entera.

Partamos,—repitieron los suyos.

Sobre un montículo que formaba el terreno, Jaghenka, Matzko, Kaleb, Tolima, Glava y Anulia saludaron y despidieron otra vez á los expedicionarios y el sacerdote les bendijo haciendo la señal de la cruz.

Matzko oyendo el alegre relinchar del caballo de su sobrino dijo que era un feliz augurio y que la Santa Cruz le serviría de guía.

Matzko se detuvo poco tiempo en Spichov y dirigióse Jaghenka y sus siervos á Bogdanetz.

Kaleb y Tolima, no se sentían muy placenteros abandonando aquellos lugares.

Solo turbaba á Matzko el pensamiento de que su sóbrino sucumbiera en la empresa que acometía.

Entonces se acordó de Chtan y Vilko que tal vez no le recibirían muy cortesmente, más no les temía porque ahora sentíase fuerte. Una sola pesadilla le quitaba la tranquilidad: que Zbishko considerase á Jaghenka como á una hermana.

—¿Esperará su regreso?—decíase el viejo caballero, y se abstenia de comunicar su pensamiento á la pobre huérfana.

Solamente se atrevió á decirla, creyendo animar su espíritu abatido.

Quiero recordarte que el pobre Zich, repetía á menudo que una muchacha no puede estar sin marido. Vamos á ver, ¿te parece que tenía razón?

—¡Oh! ¡qué pregunta!

—En fin, ¿deseas casarte?

—No... quiero entrar en un convento, esa es mi vocación.

—¿Y si Zbishko vuelve.

—Entonces...

—¿Entonces, qué? ¿Si te pidiese por esposa?

La joven inclinó la cabeza, y con voz trémula, murmuró como un suspiro:

—¡Oh! ¡entonces... seré suya!